

Diálogo Fantástico

Alrededor de la prensa y del cronista policial

Vista, señor, y a la vez
y mirado; y en un libro
que prosa y verso, y en esta ocasión
la ley.

La mañana era gris bajo el gris de las
nubes adustas.
Era fría, opaca, silenciosa.
Y tenía en su faz opalina quietudes
mortuorias...

Caminábamos lento por las alamedas
del Parque Rodó. Caminábamos lento, un
libro de Larra bajo el brazo y algunas
sarcásticas lusiones en el corazón.

Llegamos al lago.
Estaba desierto. En un lugar solitario
—contra la baranda rústica— nos detu-
vimos dispuestos a leer. Pero apenas abri-
mos el libro, nos tocaron un hombro. Mi-
ramos hacia atrás; nadie. En segunda
una voz que parecía surgida del aire o
del agua, nos habló:

—¿Usted lee a "Figaro"?
Verdaderamente asustados —somos muy
supersticiosos— miramos a nuestro alre-
dorado: árboles, plantas, espesura... Un is-
lote en medio del agua... Un par de cis-
nes en el lago... ¿Nadie? ¡Milagro o
misterio! ¿Quién nos hablaba? Estuvi-
mos a punto de salir corriendo, dispa-
rados de miedo... Mas, teminos que algún
guardián nos tomara por loco, y puestos
en esta disyuntiva, resolvimos hacernos
el valiente, querremos y contestar.

—Sí —respondimos—.
La voz insistió irónica:
—¿Ese libro que usted lee, es de Larra?
—Efectivamente —replumamos—. Este li-
bro es una colección de artículos del gran
periodista.

—¿"Figaro" era periodista ¿verdad?
—dijo la voz.
—Eso es.

—¿Y usted es un admirador de los pe-
riodistas?
—Pues es claro —respondimos, tomando
sonriente—. La gente que ha tenido mun-
do como Barrett y como "Figaro", tie-
ne que ser gente de gran interés.

—Ja, ja, ja... —rió la voz inverosí-
mil. Y luego, barbotó:— Usted es un con-
sumado imbécil.
—¿Yo?

—Usted. Un hombre que ve méritos en
los periodistas contemporáneos, tiene que
ser necesariamente un idiota.
—Expóngame —imploramos cojados.
—Sea: ¿sabe usted lo que es la prensa
burguesa?

—¿Cómo no! Un libro de pedagogía
pública, verdadero vehículo del progreso,
de la ciencia, de la moralidad, etc.
—Déjese de lugares comunes —inter-
rumpió la voz—. ¿Cualquier persona que
no sufra de la glándula tiroidea —conti-
nuó— es dirá con mucha razón, que la
prensa burguesa es el depósito de la por-
quería colectiva: algo parecido a la parte
final del tubo digestivo de una gallina.

—¿Imposible!
—Imposible! No puede usted disimular
su eretismo. ¿Sabe usted, acaso, lo
que es un periodista a sueldo?

Nos quedamos desconcertados. Porque
aunque admiramos mucho al señor pe-
riodista, nunca se nos ocurrió averiguar
quién es... Pero como jamás falta el
riesgo dispuesto a quebrar las lusiones y a
un hombre ingenuo como nosotros, tuvi-
mos temor de que nuestro silencio se in-
ter-
no gusten, los son achadas a las obras malas.
Mudanza y trastorno desconcertados.

Comejos un periódico cualquiera, de ese
que hemos dicho que se hacen con la ma-
yor voluntad e intención. No hay en él pen-
samiento, ni meditación; todo está lleno de lu-
gares comunes, de trivialidades, de verdades
como erupciones. Lo dejamos con cierta am-
argura. Luego, comprobamos que aquello que
se dice que allí hay, vitalidad, fuerza, im-
petu. Una desesperación callada se apodera
de nuestro alma. Las más altas cualidades
advertis que nos se sáducidas a una cost
sin valor real, hueca, terriblemente mala. ¡Oh!
(Son muchos los perjuicios que ha causado
causa constantemente el mal gusto a la propa-
ganda anarquista).

La mayor parte de estos anarquistas que
trastocan de tal modo los valores de las pa-
labras, se hallan en la misma posición que un
individuo que se llama aficionado a la música
y afirma que el acordeón es un instrumento
vibrante y la guitarra un armonista sin vida.
Precisamente es todo lo contrario. El acordeón
es el objeto menos musical que han ideado los
hombres. La guitarra, por el contrario, es, en-
tonces, el instrumento más musical que ha inven-
tado la mente humana.

El acordeón hace mucho ruido, como las pa-
labras gruesas; pero no produce ni una sola
nota musical. En cambio, la guitarra, calien-
te, levemente, con sus voces profundas y
preñadas de armonía, ofrece la más acabada
suma de música. De ella sale la pasión, el im-
petu, la emoción, el color grato, la encendida
trubulación, el estremecimiento emocionado, to-
das las impresiones que es susceptible de ofe-
recer la música.

El mal gusto, preferir el acordeón, lo ruidoso,
lo terriblemente vacío, lo que no tiene alma, a
falso impetu, la pasión mixtificada, la vibración
que no existe.

Los anarquistas enamorados de las frases
gruesas, son también de los que no entienden
al acordeón. No comprenden la guitarra. Las
obras verdaderamente emocionadas, les dejan
indiferentes. El mal gusto ha mudado en ellos
la capacidad de comprensión para la obra bu-
ena. Perciben nada más que el ruido, lo superfi-
cial, lo que no tiene resonancia ni vida.
Y adjudican estas cualidades, mudanza asom-
brosa, a lo que los gusta, que no las posee ni
siquiera en una mínima parte, como el acordeón
tampoco posee ni una sola armonía musical.

terpretar cobardía, y dijimos:

Un periodista, según dicen las gentes
honrables, es un ciudadano incomprensible,
inecapaz de una venalidad, limpio de todo
vicio, fanático de su libertad mental. Casi
un pequeño filósofo...

—De la hipocresía —afirmó la voz.

Y desfogó, dijo:
El periodista moderno es, no lo que
usted cree, sino una máquina de fabricar
sencillas o infamias. Profesionales de la
prensa, a lo Barrett, a lo Rodó, a lo "Fi-
garo", hay pocos. En los diarios burgue-
ses, tal vez ninguno. Lo que usted admira
tanto se llama cronista: es decir, polichino
dedicado a copiar en el papel los hechos
objetivos de la vulgaridad.

—¿Nada más que eso?

—Nada más —continuó la voz—. Son
placas fotográficas, donde la luz mediocre,
rustrera, falsa, de la realidad cotidiana,
imprime caricaturas grotescas. No son ar-
tistas, ni creadores.

—Me parece que usted exagera.

—Y yo creo que el eretismo no evita
la estupidez... No importa: de cualquier
manera, un cronista es un animal sencillo,
sin álgebra psicológica, que se introduce
al modo jesuita, en la vida ajena, y luego
cuanta lo que ve a ese hipodámico civiliza-
do que se llama gran público.

—¿Cállese, falsario!

—¿Falsario? Usted ignora, infeliz, que
yo soy discípulo del Diabolo Cojuelo y que
me dedico a levantar la te-hembra de si-
militud que cubre las almas... Y para
probarle mi sinceridad, mire:

Una mano invisible fué poniendo ante
nuestros ojos varios retratos. Y la voz
misteriosa fué explicando:

—Aquí tiene un cronista: tipo híbrido,
pembroso; su fisonomía da sensación de
alelamiento. Individuo que no comprende
el "condemno a ti mismo" por eso se
ere una gran personalidad. Habla mucho
de todo y dice tonterías de esas que re-
vientan a Unamuno. Escribe sobre depor-
tes, política, religión, sociología, teatro,
literatura... Además, repite a me-
moria palabras ecóticas: "interview",
"casseur", "conquienner"; y otras cuantas
majaderías eruditas.

—No me interesa —contestamos con
desprecio.

—Pues vea este otro personaje, esca-
pado seguramente del "Satiación" de Pe-
tronió: gordito, afecado, cabellera larga
engominada y brillante; ojos negristos,
lenguajes, libidinosos, insensivos; voz pe-
gajosa, femenina...

—¿Qué es?

—Cronista social.

—Tampoco me interesa.

—Vea esto: un melencólico con lentes de
cerviz y un tanto sucio. Este señor saca
a relucir los defectos de las humanidades
de cualquier desdichado; y con estas roñas
personales, fabrica esos artículos que tan-
to le gustan a usted: es el cronista policial.

—No puede ser! —exclamamos ira-
cundinos.

—¿Cobardo! —bramó la voz—. ¡Me
obligo a usted a ser despiadado! Los pe-
riodistas a sueldo son, venidos de la volun-
tad: salen de las aulas, de las casas bur-
guesas, de las oficinas presupuestadas y
también del taller. Tienen la moral ali-
tativa... del hombre que medra, y son
invertebrados del espíritu, en lugar
de espaldas duras llevan una vanilla de
nubarrón y otros preciosidades.

—¿Qué horror! —murmuramos.

La voz dejó de resonar y nosotros, acor-
dándonos por la catástrofe que trataba
nuestras lusiones periodísticas, apenas
nos atrevimos a preguntar:

—¿Y... el cronista policial... ¿también
es todo eso?

—Hum! —hizo la voz—. Tal vez peor
que los otros. El cronista policial es el
revisor de la desgracia del prójimo. Hace
más daño que un microbio de la tisis. La
gente no le da toda la importancia que
tiene. Pero él moja su pluma miserable en
la sangre de los desesperados; y en el
llanto de los que sollozan su drama en la
obscuridad de la mazmorra; y en la haba
fétida de los taberneros; y en el sudor
estéril de las maceraciones... Inventa o des-
truye reputaciones. Y tiene un poco de
reptil en el alma; y otro poco de sapo, en
la mirada; y tal vez no le falta algo de
chalea en la intención; ¡servo del rico,
devorador del pobre!

—¿Lengua viperina, todo lo que silbas
es falso! —rugimos nosotros. Pero com-
prendimos en seguida que la duda nos iba
penetrando.

La voz extraña y persuasiva, prosiguió:

Hay quien supone a ese cronista, una
cosa de espanto. ¿No le parece? ¿Y qué es lo
que hace? Transmite chismos. Cuando usa
la prensa para eso, se llama cronista; y si
en una rueda de amigos habla de asun-
tos privados, íntimos, entonces la gente
sospecha y maliciosa le aplica un adjetivo
indiferente. Si, amiguito, ese cronista es un
ladrón que obedece a un amo y ahora man-
dan los Cat, los Giorrelo. Esto le expli-

cará a usted, porque la crónica roja no
llamó asesino frustrado o consumado ase-
sino, a unos señores muy influyentes, muy
ricos, muy pretendidos, que quisieron
nada o que instaron.

—Usted me va confundiendo... No
comprendo nada... Todo eso puede ser
una infame calumnia en boca de un des-
conocido despechado —murmuramos.

La voz, entonces, se tornó apostólica,
biblica.

Dada usted toda la fe que aprobe, pues
en carne propia todo lo que afirmo; mu-
tase a rebelde; dé conferencias subver-
sivas o sindicalistas; aspire a transformar
la sociedad en una bella Anarquía... Crí-
tiqué duro y sin contemplaciones a los
enallados de arriba y de abajo... Y esto
luego la desgracia de perder su fe de ban-
tismo, o su carne de identidad... Si esto
le sucede, está perdido; y aunque jamás
haya usted robado, aunque se mate usted
trabajando por unos garbanos; aunque
nada se haya metido usted a juez, a di-
putado o a "periodista", el cronista po-
licial, amañado, colérico, adoptando una
actitud de fiscal sobornado, lo sentará a
usted en el banquillo de los acusados y
después, lleno de biris anarcobafos, au-
llará trágico: "¡Delincuente, delincuente, de-
lincente!"

—¿Basta, basta! —suplicamos espanta-
dos, haciendo la señal de la cruz.
Y la voz, a nuestro congojar, se diluyó
en el aire o en las aguas del lago. Nuestra
cabeza parecía hueca. Un terremoto in-
terno nos hizo tambalear: acababa de que-
brarse nuestra admiración por los cronis-
tas. Y horrorizados, consumidos de fiebre,
mirando estupefactos el cielo nublado,
un viento nos alajamos del paraje ma-
dido, no sabiendo si reír o si llorar...

La mañana era gris bajo el gris de las
nubes adustas.

Era fría, opaca, silenciosa.
Y tenía en su faz opalina quietudes
mortuorias...

Marq. Huez.

Mont. - Julio, 1926.

Contra un tirano

En España, un valeroso anarquista,
Domingo Massachs, atenció contra la
perra vida de Primo de Rivera.

Massachs falló en su intento. No por-
eso han de perdonarle los heroicos carac-
ter hispanos, que le tienen en sus enan-
guetadas garras.

Por esta vez nos ahorramos comen-
tarios sobre el atentado individual. Am-
pliamos los expusimos, una vez más,
nuestro último número, a raíz de ex-
plotar en la legación yanqui aquel pe-
tardo que tanto dió que decir.

Finalicemos, pues, saludando, a Mas-
sachs, digno obrero, noble corazón, nue-
vo mártir, rebeldado al violento choque de
sus elevados sentimientos con los sen-
timientos malvados el que hubo de ser su
víctima.

Los íos de México

La condición de católico ha ido inva-
riablemente acompañada de la de amigo
del orden (en su acepción burguesa). Ser
católico, pues, presupone, entre otras co-
sas, ser respetuoso del Estado y sus le-
yes. Como presupone, en otro sentido, ser
manso, dócil, enemigo de toda actitud
descomedida y violenta, todo a tono y
consonancia con las dulces máximas cris-
tianas.

Teóricamente al menos, el católico debe
ser eso... entre otras cosas, repetimos.

En México, empero, fuerza baluarte del
Catholicismo, la grey "cristiana" está dan-
do muestras de inconsecuencia. Ha bas-
tado que un gobernante, el presidente
Calles, cayera en la cuenta de que Consti-
tución y leyes se dictan para ser cum-
plidas, para que toda la "fratería" y la
parte de la población que le es adicta,
herida por algo de esa Constitución y por
alguna de esas leyes, pusiera el grito en
la tierra, exclamando, que después de ser tes-
tigo de mil revoluciones políticas, lo es
ahora de una agitación religiosa de res-
petables proporciones. Respetables, así
diríamos espantables, teniendo en cuenta
la pregonada mansedumbre de quienes la
realizan, los católicos, que en México y
en el mundo todo siempre han estado en
primera fila cuando se ha tratado de com-
batir actitudes resueltas de trabajadores
y revolucionarios. En su desesperada de-
fensa, aquella "mansa" gente ha decre-
tado y sostiene un amplio boycott econó-
mico al gobierno de Calles, contra la vida
de este se ha tramado un complot que
estuvo a punto de obtener "feliz" reali-
zación; ha corrido sangre en más de una
ocasión; diputados católicos y no católi-
cos se han baleado de lo lindo en plena
calles; severas medidas se vio obligado a
tomar el gobierno para evitar que los ca-
tólicos se armaran... y para desarmar a
los ya provistos de armas de variada in-
dole...; hasta una revolución se orga-
nizó, que debió encabezarse un general Es-
tadista y que abortió ignoramos por que
causas.

Los católicos de México, ple-
nos de cólera, temblando, evocando
posiblemente los tan lejanos días de la
Inquisición, piden, reclaman, exigen: o
que Constitución y leyes sean incumpli-
das en cuanto dañen sus bienes y privi-
legios, o que la una y las otras sean de-
inmatado radicalmente reformadas en lo
que les es pertinente, p... caso extremo,
piden, reclaman, exigen: la cabeza de

Del Dr. Juan Lazarte

El desprestigio de la Ley

Jamás, enfermado o plaga o peste al-
guna, se desarrolló en el seno de la natu-
raleza, como la ley se expandió entre los
hombres; jamás ninguna cosa tan abor-
recible acompañó por tanto tiempo a la
humanidad, en su pasaje transitorio por
la tierra; jamás renglón alguno sirvió
para una explotación tan exagerada como
la hecha por la ley; jamás mito alguno
tardó tantos años en caer hecho polvo
como cayó la ley a la luz de la crítica;
jamás la esencia funesta del mal fué en-
carnada de tal modo como en nuestra épo-
ca, la ley; jamás la voluntad y la inteli-
gencia se vieron tan despiadadamente es-
trechadas como puse en los días que en-
tré; jamás por tal funesto como la ley se
elimió sobre la sociedad humana, ame-
nazando liquidarla y convertirla en ruinas.

La ley se hizo reina del universo, al-
canzó la religión, se arrojó hasta las
manifestaciones más humildes de las acti-
vidades humanas, llegó a los palacios, bajó
a los hogares modestos, y a por los ma-
res, subió las montañas, se hundió en los
océanos; llegó al vientre de la mujer em-
barazada, al cerebro del demente, cogió al
arte e inutilizó la ciencia, y en todas par-
tes donde la vida hizo explosión, allí llegó
ella como suprema parásita bajo la sinu-
lación de luz, protección o vide, pero cuya
verdadera significación fué el angustio-
sismo, la esterilidad, la tuberculosis, a
muerte.

La ley, abarcando todo, creó una nueva
atmósfera: la legalidad. Los cerebros se
acostumbraron a la realidad y no faltó
quien les hiciera creer que sólo bajo esta
atmósfera era fecunda la vida.

Al comenzar el siglo XX, la ley había
abrazado todo. No hubiera sido gran cosa
si cuanto moría era artificial o creación
secundaria. En cambio, se creaban las
fuerzas mismas de la vida, la napa de las
emociones, el fuego eterno de los más no-
bles sentimientos.

Tal vez las costumbres fueran causa de
la ley. ¿Causa? Una de ellas, la más re-
cente. Pero las costumbres eran nacidas a
medida de las necesidades, se depuraban,
se transmitían de generación a generación,
sólo algunas. No con fuerza impositiva,
ni condenatoria, sino con la libertad más
absoluta por parte de quienes practicaban
todas las humanas como las malas.

Lo malo aconteció cuando el legislador
creó la ley y le dió por base las costum-
bres. Entonces, el que no obedecía a las
costumbres cometía un crimen. Como en
las civilizaciones pasadas y en los albores
de la nuestra la fuerza se imponía, impuso
la ley, la ley fué un instrumento de sus
origenes, imposición que fué aumentando
a medida que lo hacían los grupos depre-
dadores de la sociedad.

En los orígenes las leyes fueron pocas.
Algunas democracias antiguas tienen (se
parece) las basó dos docenas, difícilmente
pasan de diez.

Como la ley fué un instrumento de opo-
nición, bien pronto los hombres empezaron
a multiplicar estos instrumentos.

Paralelamente se fué divulgando la fal-
sa creencia del mejoramiento mediante
ellas.

Empezó la fabricación en gran escala
en la edad moderna.

Si hicieron las constituciones, entró la
moda de ellas, y todos los tiranos y mo-
narcas se hicieron constitucionales. En
substancia, las constituciones no modifica-
ron el convivir humano. Por el contrario,
ellas fueron causa de desastres, críme-
nes erigidas en directores.

Fabricadas las constituciones, entraron
las máquinas legislativas a producir leyes.

En Europa, solamente el siglo XIX,
produce más de un millón de leyes, sin
contar América, África y Asia, que tam-
bién como en Europa, se leyeron.

Se creó la ilusión de mejorar al hombre
por medio de la ley. Pero esta ilusión se

desvaneció al contacto de la realidad. La
humanidad va haciéndose cada día más
infeliz.

Ahora bien, ¿qué influencia tiene la ley
sobre el individuo? Una influencia disol-
vente y negativa.

Cualquiera ha podido observar el si-
guiente hecho habitual y normal.

Hace falta un puente o un camino en
una comarca; entonces todo el mundo
dice: "Hace falta una ley; si yo fuera
gobierno, dictaría una ley para que se
construyera". Si ahondamos el razona-
miento, vemos que lo que hace falta no
es la ley, sino quienes hagan el puente o
el camino, etc.

Abundan en un punto las expropiacio-
nes; a nadie se le ocurre preguntar por las
causas que las producen. Todos desean
que se promulgue una ley. Las leyes se
promulgan y las expropiaciones siguen
iguales.

Llegará el momento, si así van los hom-
bres, que el día menos pensado, cuando
alguien se caiga en la calle, no habrá
quien le levante, al no se promulga una
ley al respecto.

Si por un lado la ley llega a embrute-
cer, a aniquilar la conciencia y voluntad
del hombre, por otro era una corrupción
tal que el desprestigio nace automáti-
camente de un análisis crítico y objetivo.

Después del millón de leyes, ya nadie
crea en ellas. Los legisladores de las leyes
que en otra lengua son los políticos, han
hecho tales cosas que los niños al nacer
nacen desilusionados.

La sabiduría popular ha comenzado a
crear frases de oro contra la ley.

Pero donde la ley hace furor es en las
democracias. En las democracias lo pri-
mero que se admite es que el poder polí-
tico se someterá a la ley, y lo primero que
sucede es lo contrario.

Los poderosos, los políticos, ni se acuer-
dan de la ley. En ellos su voluntad es la
ley. Son los pesados fuertes que rompen
las mallas de la ley.

El poder político se sobrepone a la ley
siempre porque tiene la fuerza, y ejemplo
de ello son todas las dictaduras y revo-
luciones de Europa.

La ley sirve al burgués, como hombre y
como clase. El burgués creó la ley. No
el pueblo. El pueblo ignora y no sabe de
la ley.

La ley es instrumento de esclavitud.
Hace esclavos y patrones. En última in-
stancia protege la propiedad privada. Esto
en general. Las leyes obreras no son ex-
cepción; todas, en substancia y esencia
son iguales.

Alemania, con más de cinco mil leyes
obreras, no ha solucionado nada.

La ley se desprecia por varias ra-
zones:

1. Por una profunda decepción. Na-
die cree en ellas; ni los que las hacen, ni
quienes se ven forzados a obedecerlas.

2. La ley es la fuente más grande de
esclavismo de las democracias actuales.
Todos los esclavos son violaciones de
leyes y son protegidos al final por ellas
mismas. Ejemplo: el "affaire" del petro-
leo americano, el asunto Barnat en
Alemania o el prohibicionismo yanqui.

3. El único robo que existe es el de-
sapto del trabajo producido por el pueblo.
La ley protege este robo.

Todos los gobiernos son una sociedad
de expropiadores protegidos por la ley. Dentro
de la ley, hasta el crimen es plausible,
deben los legisladores.

La existencia de la ley sólo es posible
por la ignorancia y por la servidumbre
del proletariado y del pensamiento.

La revolución dará el último esfuerzo
para romper con el prejuicio legalitario.
Al más lento soplo la ley se viene al suelo.
No está escrita ni en el corazón, ni en la
mente de los hombres.

Obrera del Reducto.

—Enviar en calidad de depósito a la misma
Biblioteca P. O. del Reducto los libros, y a la
Biblioteca del Sindicato Único de la Agua el
"Nuevo Atlas del Mundo".

—Finalmente se nombró Comisión Fiscal y
otra para distribuir todo lo que obra en nuestro
poder.

Todas estas resoluciones fueron tomadas en
vista de no poder conseguirse local, y sin per-
juicio de volver a iniciar nuestra obra siempre
que la oportunidad sea propicia y que nuestra
voluntad no desmentía el ferviente anhelo en
pro de la elevación cultural del pueblo. — La
Comisión.

Héroes de guerra

Manifestación disuelta a sablazos

En Viena, ex soldados heridos en la gue-
rra dirigíanse en manifestación al Parla-
mento. Iban, suponemos, a implorar al-
guna compensación a su probado, caro
heroísmo... Pero, antes de que llegaran a
la "fábrica de leyes" la policía cargó
sobre los manifestantes, dispersándolos a
sablazos... Hubo infinidad de heridos en-
tre los ex soldados, que a estas horas pen-
sarán con dolor y con razón que "el ene-
migo" no era solamente aquel de las trin-
cheras, sino que también lo tienen en casa,
personificado en los gobernantes y capita-
listas, y en sus ciegos instrumentos los
policías que les han dado de sablazos...

Biblioteca Popular de Coopero

ACUERDOS ADOPTADOS

Resoluciones tomadas por la Biblioteca Po-
pular de Coopero en la asamblea general elec-
tada el 20 de julio.

Adquirir varios ejemplares del libro "La Es-
cuela del Porvenir" de R. Lloja, y distribuirlos
entre los que se acuerda a cada uno de ellos, y do-
nar el dinero sobrante a la Biblioteca Popular

